¿POR QUÉ EL ABUSO DEL ALCOHOL ES CONTRARIO A LOS DEBERES HACIA UNO MISMO? UNA PERSPECTIVA KANTIANA

*Sheilla Quintana Ruiz**

RESUMEN: Usualmente se piensa que el abuso de alcohol y los estupefacientes no plantea ningún dilema moral porque, si no se daña a los demás, ¿cuál es el problema ético? Si la humanidad, como Kant sostiene, tiene valor en sí misma, entonces nos impone exigencias tanto en la persona de los demás como en la propia. Cuando se habla de uno mismo, es difícil saber con exactitud hasta dónde se trata como mero medio a nuestra propia persona, o más aún, cuándo no nos tratamos como fin.

ABSTRACT: It is commonly thought that alcohol and drug abuse should not pose a moral dilemma because if you are not hurting others, where is the ethical dilemma? However, if according to Kant, humanity has a value in itself, then we must set demands on others as well as ourselves. When referring to ourselves, it is difficult to determine to what extent we are doing so as a means to ourselves or furthermore, when we are not an end in itself.

57

PALABRAS CLAVE: Deberes imperfectos, deberes perfectos, fórmula de la humanidad, fin en sí mismo, deberes hacia uno mismo.

KEY WORDS: Imperfect duties, perfect duties, Formula of Universal Law, end in itself, duties to oneself.

RECEPCIÓN: 04 de mayo de 2010.

APROBACIÓN: 03 de marzo de 2011.

* Maestra en Filosofía por la UNAM.

¿POR QUÉ EL ABUSO DEL ALCOHOL ES CONTRARIO A LOS DEBERES HACIA UNO MISMO? UNA PERSPECTIVA KANTIANA

Introducción

El daño provocado por el abuso del alcohol es uno de los temas más importantes en la actualidad. La reflexión sobre el daño por abuso del alcohol ha influido en teorías, campañas y leyes para evitar las consecuencias y terribles desenlaces. Desde mi perspectiva, sin embargo, este énfasis se enfoca en las consecuencias hacia los otros, es decir, en el contenido ético de los deberes hacia los demás. Mi propósito en este artículo es ofrecer una lectura sobre el deber hacia uno mismo de no abusar del consumo del alcohol, que Kant presenta en la *Doctrina de la Virtud*. Usualmente se piensa que, en ética, los deberes morales son deberes hacia los demás. Es común dudar de las obligaciones hacia uno mismo porque se piensa que, si uno mismo puede liberarse de la obligación, ¿de qué obligación se trata entonces? En especial, se piensa que el abuso de alcohol y los estupefacientes en uno mismo no plantea ningún problema moral, porque si no se daña a los demás, entonces, ¿cuál es el problema ético?

La ética de Kant es una de las pocas que presta atención detallada a los deberes que tenemos hacia nuestra humanidad y considero que ofrece conceptos muy fructíferos para reflexionar sobre estos temas. Analizo algunos conceptos que son centrales para entender estos deberes; considero que la mejor manera de articular estos deberes es

en términos de la Humanidad, pues si la humanidad, como Kant sostiene, tiene valor en sí misma, entonces nos impone exigencias tanto en la persona de los demás como en la propia.

Para lograr mi objetivo explicaré que, según Kant, toda acción está guiada por la razón práctica, la cual opera de acuerdo con principios. Expondré qué es una máxima o principio práctico subjetivo; explicaré los principios objetivos que son imperativos para la racionalidad finita. También hablaré de los principios morales que tienen el valor más alto, porque de acuerdo con Kant, son principios prácticos objetivos que determinan a la voluntad independientemente de objetos que se quieran o deseen como efectos de la acción.

Presentaré las dos primeras fórmulas del imperativo categórico que Kant expone en la *Fundamentación*: la fórmula de la ley universal y la fórmula de la humanidad para, a partir de éstas, ahondar en la manera en la que se establecen los deberes perfectos, tanto en la fórmula de la ley universal como en la fórmula de la humanidad. De acuerdo con la fórmula de la ley universal, se obtienen deberes perfectos cuando tenemos máximas que no pueden ser pensadas como leyes universales. Según la fórmula de la humanidad, estos deberes se obtienen cuando hay acciones que son contrarias al respeto que le debemos a la humanidad como fin en sí mismo.

Para finalizar, hablaré del abuso del consumo del alcohol, el cual queda comprendido bajo el deber de tratar a todo ser humano como fin en sí mismo y no simplemente como mero medio. Esta parte se encuentra dividida en dos. En la primera, explico el deber de “cultivar los propios talentos” bajo las fórmulas de la ley universal y la humanidad. En la segunda parte, desgloso la máxima “del aturdimiento por el uso inmoderado de la bebida”. Explico que bien puede pasar la prueba de la fórmula de la ley universal, pero señalo cómo es que no se le podría querer como ley universal. Asimismo, expongo cómo la máxima del “aturdimiento por el alcohol” implica tratar como mero medio al hombre y no como fin. Y por último, quiero mostrar que, en tanto que seres capaces de proponernos fines, cuando no se logra el fin que uno se propone, entonces es una práctica que no puede desearse.

Principios de acción

Kant afirma que cada cosa de la naturaleza opera con arreglo a leyes, pero lo característico de un ser racional es la capacidad de actuar por su propia representación de leyes o principios, para acomodar a ellos su conducta. Por ejemplo: el ser humano como criatura de sensaciones inconscientes sigue las leyes biológicas en su conducta sexual, pero como ser racional, puede discernir las consecuencias de sus posibles acciones y determinarse a actuar con base en su propia consideración de las posibilidades.¹

Las máximas son los principios prácticos subjetivos individuales que dependen de las circunstancias; por lo que en el caso de los seres humanos, el contenido de estas máximas² está determinado con frecuencia por las inclinaciones.³ Según Kant, las máximas o principios subjetivos se subordinan a los principios objetivos que pueden ser instrumentales o morales. Pues sólo aquellos principios de acción que se presentan por medio de la facultad racional práctica suponen una norma o exigencia para la racionalidad finita. Dicha exigencia se debe a que la voluntad⁴ se ve sometida a condiciones subjetivas que no coinciden con las leyes de la razón.

Los principios objetivos valen para todo ser racional y resultan normativos para la voluntad humana, porque se presentan como fuente de razones suficientes y válidas objetivamente para todo ser racional, por lo que deberían imponerse a las inclinaciones.

Los principios objetivos pueden ser hipotéticos o categóricos. Los principios hipotéticos son instrumentales, ya que el mandato tiene lugar

¹ Dulce María Granja, *Crítica de la Razón Práctica*, 2001, México, Biblioteca de Signos, edición bilingüe alemán-español, p. XIX.

² “Máxima es el principio subjetivo del querer; el principio objetivo (esto es, aquel que también servirá de principio práctico subjetivo a todos los seres racionales) es la ley práctica”. Emmanuel Kant, *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, 1996, Barcelona, Ariel, edición bilingüe y versión de José Mardomingo, [401].

³ Kant explica que las inclinaciones son disposiciones para actuar que pertenecen a la naturaleza sensible, por lo que se puede deducir que provienen de la experiencia. Es importante destacar que la sensibilidad puede dar pie únicamente a principios contingentes.

⁴ Kant piensa que la capacidad de los seres racionales a actuar de acuerdo con su propia representación de principios, es la voluntad y la define como un tipo de causalidad, por ser capaz de producir sus propias acciones y sus consecuencias en el mundo.

SHEILLA QUINTANA

bajo la condición hipotética de que se quiera algún fin; manda cómo es que se debe actuar para lograr la consumación de un fin que se quiere, es decir, que sólo establece cuál sería el medio indicado para lograr obtener el fin.

Ahora bien, el imperativo categórico es un principio práctico objetivo que se distingue del instrumental porque determina a la voluntad independientemente de objetos que se quieran o deseen como efectos de la acción. Se ocupa de los fundamentos determinantes de la voluntad, sin necesidad de considerar las consecuencias de los actos. Es decir, que en la realización de una acción sólo se considera como fin a la acción en sí misma, sin buscar ningún otro objetivo; por ello, debe tener el mismo valor para todo ser racional.

Fórmulas de la ley moral

Todo ser racional tiene incentivos para actuar, es decir, deseos no aprobados racionalmente; sin embargo, también tiene motivos para actuar, sólo que a ellos se les tiene como suficientes para la acción porque han sido aprobados por la razón. Los incentivos son simples impulsos ante los que reaccionamos en el mundo empírico. La manera de actuar en la que respondemos a los distintos estímulos externos pueden ser candidatas a razones suficientes para actuar; no obstante, primero deben ser aprobadas por la razón, ya que tienden a determinar principios que pueden ser contrarios a la ley moral.

Para Kant, las fórmulas de la ley moral muestran el contenido del imperativo categórico que sirve como único principio para la voluntad humana, y éste es anterior a cualquier experiencia. Si la razón manda por sí misma *a priori*,⁵ sin tener en cuenta a los deseos o apetitos que se basan en la experiencia, queda en su forma pura por lo que se puede asegurar que el principio de acción es el principio moral. Si una acción

⁵ Kant destaca el aspecto característicamente intelectual de la moralidad con el término “razón pura práctica”, pues el concepto “puro” implica la ausencia en la esfera intelectual, de cualesquier elemento, empírico o sensible. De este modo, el concepto “puro” se refiere a lo absolutamente *a priori*.

se realiza conforme a principios universales,⁶ se actuará de acuerdo con la Fórmula de la Ley Universal.

Cada motivo debe pasar una prueba para asegurar que pueda convertirse en un principio objetivo que sirva como razón suficiente para una acción. Es decir, que para que se dé la reflexión de la universalidad es necesario que el agente se plantee si la máxima de su acción puede tornarse por su voluntad en ley universal.

Kant expone que “la necesidad de contenerse ante la realización de ciertas acciones da como resultado deberes perfectos”; es decir que existen fines en contra de los cuales no se debe actuar.⁷ Los deberes perfectos exigen acciones, ya sea negativas (no mentir, no suicidarse), o positivas (cumplir con las promesas, cumplir con los contratos), y no pueden ser medidas personalmente o por medio de deseos individuales, es decir, que se deben cumplir sin excepción, pues son deberes que establecen reglas.

Para establecer la existencia de la segunda prueba, Kant declara que la ley práctica es posible sólo si existe algo que valga por sí mismo. Para comprender esto, es importante explicar que para Kant todas las cosas existentes tienen valores y éstos pueden ser relativos y en sí mismos. Los valores relativos son aquellos que dependen de las circunstancias, su valor está condicionado por algo externo.

También existen dos formas en las que se valoran las cosas; éstas son valoradas unas veces como medios y otras como fines para las acciones. Cuando las cosas se valoran como medios es porque sirven para lograr un objetivo o un deseo, llamado fin. Se puede afirmar, que todo medio siempre se valora como bueno funcionalmente, ya que se le valora por su relación con el fin. Cuando las cosas se valoran como fines, éstas determinan las razones para actuar. Sin embargo, aun cuando todo

⁶ Esto quiere decir, actuar de tal modo que los principios subjetivos se deseen ver realizados de manera universal.

⁷ Kant establece que el deber estricto se verifica en la acción, es decir, que es un deber del proceder y como tal implica un reglamento que especifica tipos de acción. En este tipo de deber hay una legislación que exige cómo han de aplicarse las acciones en general. En cambio, los deberes amplios tienen una ley que puede ser del deber, dada únicamente para las máximas de las acciones y no exigen ni una acción en especial, ya que son más bien deberes que fines. En este segundo tipo de deberes (meritorios), se exige a la facultad de juzgar que estipule cómo ha de aplicarse una máxima en los casos particulares.

ser humano debe pensar que el fin de su acción es bueno, pues sino no sería posible que lo planteara como fin, muchos fines no son buenos necesaria y universalmente, porque su valor depende de las circunstancias y del valor que le confiere el agente, según sus deseos. En cambio, existen fines que se valoran objetivamente como buenos.

Los fines que se proponen los agentes pueden ser valorados como buenos desde dos perspectivas: subjetivamente y objetivamente. Pueden ser valorados como buenos subjetivamente cuando resultan buenos sólo para el sujeto en cuestión y su bondad depende de los resultados y las circunstancias de la acción. Estos mismos fines pueden ser valorados como buenos objetivamente cuando son consistentes con la moralidad porque cumplen con las reglas de la ley moral.⁸ La bondad de los valores objetivamente buenos no proviene de las inclinaciones, sino que proviene de la razón práctica pura. Aquello que se valora como objetivamente bueno, pueden ser obligaciones del agente en acción, o bien, fines que sus intereses promueven.

Al afirmar que toda acción contiene un fin, se establece que en todo acto se aspira a lograr un objetivo y que para toda acción existen razones; sin embargo, Kant piensa que debe existir algún fin que no pueda ser usado como medio y que sea incondicionado; éste debe ser un fin en sí mismo y merece respeto.

Este fin es toda la naturaleza racional, incluida la humanidad. Pues la naturaleza humana se distingue de los animales por la capacidad de proponerse fines, y estos fines son propuestos por la razón práctica y no por medio del instinto. Asimismo, Kant piensa que los obstáculos de las inclinaciones pueden ser controlados haciendo de la humanidad un fin incondicional contra el que nunca se deba obrar.

Cuando Kant afirma que lo distintivo de la humanidad es la capacidad de proponerse fines, alude a la capacidad racional de tomar interés en algo. Si se comprende que sólo la naturaleza racional, en general, es la que se propone fines y más aún, sin ella no habría fines, se infie-

⁸ Existen literaturas que expresan algo diferente a lo que Kant establece, pues para Kant sólo la ley moral es un fin objetivamente bueno, quedando fines, como estudiar filosofía, por ejemplo, en el mismo nivel que envenenar a un hombre que se desea matar.

re entonces que el fin incondicional es la humanidad y toda naturaleza racional.

“Obra de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como fin y nunca simplemente como medio”. A esta enunciación se le puede denominar *Fórmula de la Humanidad*, e implica que cada acción humana debe tener como motivo al hombre y no simplemente como acción subordinada a otras.

Lo que la fórmula ordena cultivar incondicionalmente es la capacidad para la determinación racional de los fines en general, y parece indicar que, como agentes racionales, elegimos lo que es bueno o al menos aquello que creemos que es bueno. Al concebir a la humanidad como fin incondicional, se establece que no se puede actuar en contra de ella, sin incurrir en una inconsistencia y dicha inconsistencia da como resultado deberes perfectos.

Los deberes perfectos éticos especifican tipos de acciones, es decir, que exigen hacer ciertas cosas, o no hacer otras, pero siempre por motivos morales. La ley moral impone al hombre aquello que debe ser en cuanto acción, partiendo de que el hombre y toda naturaleza racional es fin y no medio.

Cuando la ley moral manda lo que se debe hacer en una u otra situación, hace referencia a una voluntad libre que puede escoger cometer una acción u otra, sin tomar en cuenta los apetitos humanos y menesteres de la sensibilidad, permitiendo quitarle a las proposiciones, el carácter de azar, contingencia y accidente. De esta manera, la voluntad humana no puede querer nada más que lo que impone la razón práctica.

Los deberes imperfectos, a diferencia de los perfectos, no exigen acciones específicas, sino que exigen la adopción de máximas de fines. Los dos fines imperfectos son “la felicidad ajena” y “la propia perfección”.⁹ Este último es el deber hacia uno mismo de desarrollar y aumentar la propia perfección natural como un propósito pragmático. Exigen fines que debemos promover a lo largo de nuestra vida, pero no se puede exigir externamente su cumplimiento. Con esto, establece que en la ética los

⁹Kant, *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, op. cit., p. 237.

SHEILLA QUINTANA

finés no se logran a corto plazo, es decir, que se cumplen y se abandonan; sino que son el progreso de prácticas constantes. Esto es compatible con la idea de no actuar de acuerdo con ellos algunas veces; en cuanto a los deberes amplios, no existe una ley que resuelva la disyuntiva entre cometer una acción u otra.

El deber de “cultivar los propios talentos”, bajo la Fórmula de la Ley Universal

Mostraré la imposibilidad de querer que una máxima se eleve a la universalidad de una ley natural porque tal voluntad sería contradictoria consigo misma.

Alguien encuentra dentro de sí un talento que con cierto cultivo podría convertirlo en un hombre útil para diversos propósitos. Pero sus acomodadas circunstancias le hacen preferir recrearse con los placeres antes que esforzarse por ampliar y mejorar sus afortunadas disposiciones naturales. Pero todavía se pregunta si, al margen de que su máxima sobre descuidar sus disposiciones naturales, coincida de suyo con su propensión hacia lo placentero, se compeadece también con aquello que se llama deber.

66 | A todo ser humano le resultan útiles sus capacidades para toda suerte de propósitos, es decir, que para poder resolver los problemas que surjan en su vida cotidiana, requiere del pleno desarrollo de las facultades que le han sido otorgadas. Por lo mismo, el hombre no puede querer no desarrollar sus facultades¹⁰ y considera un deber cultivar las capacidades, ya que al hacerlo perfecciona su humanidad.¹¹ De aquí se sigue que es un deber exigido.

¹⁰ Según Kant, para el hombre es un deber progresar cada vez más desde la incultura de su naturaleza, desde la animalidad (*quoad actum*) hacia la humanidad, que es la única por la que es capaz de proponerse fines: suplir su ignorancia por instrucción y corregir sus errores; y esto no sólo se lo aconseja la razón práctico-técnica para sus diferentes propósitos (de la habilidad), sino que se lo ordena absolutamente la razón práctico-moral y convierte este fin en un deber suyo.

¹¹ La humanidad no es algo perfectible, pues por el simple hecho de tener la capacidad de proponerse fines, ya es digna de respeto y la humanidad misma es un don, pero sí tiene grados de perfección.

Para poner a prueba la posible máxima, se puede plantear de la siguiente manera: “Con el fin de gozar una vida tranquila, no me preocuparé por aumentar y fomentar mis talentos”.

Advertimos que sí es posible que una máxima tal subsista con arreglo a la ley universal, pues la naturaleza racional bien podría seguir, aun cuando el hombre decidiera abandonar sus talentos para gozar de la diversión y la ociosidad. La naturaleza humana no necesariamente perecería si dejara de preocuparse por el cultivo de sus propios talentos, pues a veces no requiere de ellos, o existen maneras de cumplir con los propósitos, sin cuidar metódicamente de los mismos. Aquí resulta importante recordar que, para Kant, una acción inmoral no necesariamente es contradictoria por sí misma, pues si así fuera, la ley moral sería analítica y no sintética. La contradicción se da entre dos fines de la voluntad, donde la máxima es imposible en este mundo.

El argumento que sostiene la contradicción en la concepción es que el agente sería incapaz de obrar conforme a la máxima en un mundo donde se universalizara para lograr su propio fin. La clave para la contradicción está en lo que sucede con el propósito, pues al querer la infracción universal de una práctica se genera una inconsistencia, ya que hace que la acción que se pretende universalizar se vuelva imposible o inútil.

La simple representación de querer una máxima que plantea la idea de no atender a los propios talentos se convierta en ley universal resulta indeseable a los ojos de cualquier ser que requiere de ellos para sobrevivir en un mundo impredecible.¹² Si volvemos a los imperativos hipotéticos, podremos afirmar que, si es que se quiere hacer uso de las propias capacidades en cualquier momento, éstas deben estar bien desarrolladas o disponibles para cuando se les requiera. En otras palabras, “si se quiere el fin, se quieren los medios”.

Desde mi punto de vista, el argumento kantiano que establece que los talentos pueden ser útiles para toda suerte de posibles propósitos, resuelve la disyuntiva entre cultivar o no los propios talentos. Existe una contradicción en la voluntad al querer que una máxima que no promueve el cultivo de los talentos se convierta en ley universal, porque esto

¹² Como ser racional debe querer desarrollar todas las capacidades, ya que resultan útiles para toda suerte de propósitos.

SHEILLA QUINTANA

permite que se pierda algún bien positivo (talento útil), que puede necesitarse para la realización de posibles propósitos futuros.

El deber de “cultivar los propios talentos” bajo la Fórmula de la Humanidad

Recordemos que, por humanidad, Kant entiende “la capacidad libre de proponerse sus propios fines”. De acuerdo con esto, podemos afirmar que tratamos a la humanidad como mero medio de dos maneras posibles. Una, cuando usamos la capacidad de elección de otros para obtener nuestros propios propósitos. Alguien es tratado como mero medio cuando mentimos para lograr nuestros fines, porque hacemos que el otro actúe de la forma en la que nos conviene para conseguir nuestro objetivo sin pensar en las necesidades ajenas e, incluso, omitimos información para que el otro tome una decisión más firme.

La segunda manera, cuando se obstruye la libre capacidad de los demás de proponerse fines a partir de la coacción o de la fuerza, cuando no se respeta el libre ejercicio de decidir de alguien. Por ejemplo: cuando castigamos a alguien que se encuentra imposibilitado ante nosotros,¹³ para evitar que realice o lleve a cabo algún sueño o meta que es de nuestro desagrado.

Es interesante observar que es más fácil comprender este deber cuando se usa a otro como mero medio. En cambio, cuando se habla de uno mismo es difícil saber con exactitud hasta dónde o en qué sentido se trata como mero medio a nuestra propia persona o más aún, cuándo no nos tratamos como fin.

Tratarnos como mero medio significa que impedimos el buen ejercicio de nuestra capacidad racional, por ejemplo, cuando abusamos del alcohol. El consumo excesivo de este tóxico evita que las personas piensen con claridad y ocasiona que pierdan el control, pues la capacidad de decisión queda troncada y acaba por perderse.

En lo siguiente, intento mostrar cómo es que, aun cuando el planteamiento de ciertas máximas no implique tratar al ser humano como mero

¹³ Un hijo, un alumno o un empleado.

medio, tampoco implica que se le esté tratando plenamente como fin, en un sentido que todavía tengo que explicar.

Con respecto al ejemplo del “cultivo de los propios talentos”, las palabras de Kant pueden ser interpretadas como la oportunidad de que resurja la claridad y la vuelta a nosotros mismos, alejando de nuestro comportamiento y de las razones para tomar una u otra decisión, la naturaleza animal, la parte instintiva, con el fin de cultivar nuestra naturaleza racional. En este sentido, si tratamos de poner a prueba la máxima de “no cultivar los propios talentos por la decisión a dedicarse al goce”, de acuerdo a la fórmula de la humanidad, encontramos que, efectivamente, la humanidad no perecerá al no aumentar los talentos, pero sí resulta evidente que se le está tratando como mero medio, es decir que se hace provecho de nuestra persona, de nuestra humanidad, en nuestro propio beneficio para lograr el placer y agrado del momento, sin pensar en el futuro. Asimismo, es claro que no se le está tratando como fin.

Tratar a la humanidad como fin es valorarla como fin último, y valorarla como fin implica fomentarla, y fomentarla es cultivarla, a diferencia de la idea de tratarla como medio, que implica coaccionarla por algo externo a realizar acciones que se dirigen como medios a un fin de otros o de nosotros mismos.

No es suficiente que la acción no contradiga a la humanidad como fin en sí mismo, sino que la máxima de la acción debe concordar con la idea de la humanidad como fin. En este sentido, la máxima está prohibida, ya que esta prueba exige que se trate a la humanidad como fin y nunca como medio. No se trata a la humanidad como fin, al querer una máxima del tipo que estamos planteando, pues se está negando la capacidad del hombre para proponerse sus propios fines. Es decir, tratar a la humanidad como fin es fomentar que todas sus cualidades estén en pleno desarrollo para poder plantearse nuevos propósitos más complejos.

El hombre como poseedor de la capacidad de elegir fines y conferirle valor objetivo a los deseos subjetivos, para hacerse digno, nos muestra la imposibilidad de querer una máxima en la cual no pretenda aumentar sus capacidades para así realizar todos los fines que se proponga.

Ahora bien, el argumento de la humanidad enseña cómo se ha de aplicar la *Fórmula de la humanidad*. Parece fácil entender que, si la

facultad de elegir fines de manera racional es la fuente de bondad del resto de los fines, se puede afirmar que, si no se trata a la humanidad como algo incondicionalmente bueno, entonces ninguna otra cosa puede ser objetivamente buena. El ejemplo de la perfección personal trata de instaurar el desarrollo y la realización de las capacidades, que nos permiten ejercer nuestra facultad de elección racional y la capacidad de proponernos y perseguir fines. Bajo la fórmula de la humanidad se deben fomentar las facultades haciendo cosas positivas, pues al aumentar las cualidades uno puede proponerse cada día fines más complejos, más racionales.

Aun cuando la máxima “de no cultivar los talentos, por la dedicación al gozo” muestra que no se está utilizando al hombre como mero medio, tampoco es que muestre que se le trate como fin. Sigue haciendo falta que el ser humano se pregunte si actuar de manera contraria a su disposición humana refuerza la libre elección.

A través del ejemplo de “cultivar los propios talentos”, Kant intenta mostrar que, aun cuando no se subraya específicamente qué y cuánto se debe hacer para mejorar o aumentar nuestras cualidades, es un deber del hombre atender a ellas, ya que permiten el desarrollo humano, lo cual es la principal característica del hombre, y le permite contar con sus capacidades para poder realizar todo tipo de propósitos o circunstancias en las que podría encontrarse.

Los deberes amplios no dicen estrictamente hasta dónde llegar en el desarrollo de las disposiciones, pero lo que sí no se puede hacer es no atender a ellas.

Deberes perfectos para consigo mismo

En la primera parte de la doctrina ética elemental (“Doctrina de la Virtud”), Kant escribe sobre los deberes perfectos para consigo mismo; en el primer capítulo sólo habla de deberes negativos, por lo que la exposición trata de la oposición del deber para consigo mismo, refiriéndose exclusivamente a la omisión de los vicios. En esta parte explico los deberes perfectos para consigo mismo de manera positiva, es decir, estableciendo qué se debe hacer para lograr ser un hombre moralmente bueno.

El deber de hacer uso moderado del alcohol, bajo la Fórmula de la Ley Universal.

Los deberes perfectos exigen acciones específicas, expresan puntualmente cómo es que se debe actuar y hasta dónde llega el mandato, por ejemplo, no mentir o no suicidarse. La máxima que expresa el tercer artículo de la doctrina de la virtud, “el aturdimiento por el uso inmoderado de la bebida o la comida”, exige, según Kant, que no se abuse de estos placeres, ya que se inutiliza la agilidad y la reflexión. Se inhiben la capacidad de disfrutar y permiten que se trate al hombre como animal, es decir, como medio y no como fin. Es importante aclarar que la importancia de la reflexión sobre abuso del alcohol no se debe a que hace referencia a los daños corporales y físicos que causan el aturdimiento, pues esto hace más bien referencia a la felicidad.

Kant entiende por felicidad un ideal de la imaginación que sólo implica la satisfacción de necesidades e inclinaciones, así como el estar contento con la suerte que a uno le ha tocado.¹⁴ La propia definición hace de este concepto un concepto indeterminado e impreciso; esto se debe a que la gente tiene ideas muy diferentes sobre su propia felicidad. Por ello, resulta imposible establecer los requisitos o reglas para lograrla, porque el propio concepto, aun cuando se le presenta a todo sujeto, no delimita de manera clara y absoluta qué es lo que se desea específicamente.

La felicidad prescribe cómo es que se puede procurar el mejor provecho para uno mismo, a partir de la jerarquización de todos nuestros principios particulares, de tal forma que no se interpongan entre sí. Se busca que se logre nuestro propio provecho duradero y no contradictorio. Así, permite aproximar los anhelos a cada sujeto, por los medios más adecuados, sin poner en duda que, si se supiera lo que es necesario para obtener la felicidad, se realizaría lo preciso.

Asimismo, cuando se habla del cuerpo, sólo se puede hacer un enjuiciamiento en cuanto a los medios de disfrute que inhiben o agotan la facul-

¹⁴Todos los elementos que pertenecen al concepto de felicidad son empíricos, es decir, tienen que ser tomados de la experiencia. Y por ello, resulta difícil que un ser finito esté capacitado para hacerse una idea precisa de lo que realmente quiere como felicidad.

tad de utilizarlos y también desde la prueba de la fórmula de la humanidad, porque se usa al hombre como medio.

Queda entonces que, el único análisis que podemos hacer a dicho mandato, es desde las fórmulas, pero desde la importancia en cuanto a las capacidades racionales humanas y el mal uso del hombre como fin último.

Ahora bien, analicemos la máxima, que podría formularse de la siguiente manera: “Con el fin de gozar una vida placentera y de una buena convivencia, me dedicaré a beber y comer cuanto me de la gana, sin preocuparme de las consecuencias que esto me acarree”.

En este ejemplo, se puede observar que una máxima de este tipo, al pasar por la prueba de la fórmula de la ley universal, puede que efectivamente se quiera como ley universal, ya que si se intenta mostrar la aplicabilidad de dicha máxima en la práctica, el hecho de que los seres humanos a partir de este momento pretendan llevar a la práctica dicha máxima, no es razón para que ésta deje de existir, pues cualquier sociedad, por ejemplo la nuestra,¹⁵ puede romper las reglas de la práctica sin que alguien pierda credibilidad en la misma. Es decir, si alguien se cuestiona sobre la posibilidad de una ley en el universo donde todos y cada uno de los habitantes se dedica a la embriaguez, no implica que se deje de creer en esa práctica. La práctica es perfectamente posible en el mundo.

De igual manera que hicimos con el ejemplo de “cultivar los propios talentos”, podemos observar esta máxima. Y bien podríamos aceptar que la eficacia y la voluntad se verán impedidas, si es que se logra actuar de la manera en que dice dicha máxima. Se está hablando de un propósito que está en la voluntad. Se puede advertir que un ser humano con pleno uso de sus facultades y de la razón, no puede desear que una sociedad se desenvuelva a partir de dichas prácticas, ya que en estado de ebriedad no se desarrollarían nuestras capacidades, para poder

¹⁵ La razón por la que escogí dicho artículo para desarrollarlo y exponerlo es justo porque veo, que en cuanto a los deberes para consigo mismo, el hombre bien puede perderse en el camino de la decisión, ya que aun cuando se refiere a deberes perfectos, en el momento en que entran en conflicto con nuestro juez, es muy fácil ignorarlos. No hay quien nos castigue, ni reprima por la ruptura del mandato.

resolver los problemas que se nos presenten. Y nuestra sociedad terminaría por desaparecer, pues sólo el trabajo en conjunto permite que las sociedades crezcan, por lo que no se puede desear de manera racional la imposibilidad de resolver problemas que se nos puedan presentar.

Asimismo, podemos hacer una reflexión con respecto a la fórmula de la ley universal, desde su contradicción en la voluntad que implica observar que, aun cuando una máxima sea posible como ley universal, ello no bastará para que se quiera o desee como tal.

El deber de hacer uso moderado del alcohol, bajo la Fórmula de la Humanidad.

Ya se había mencionado que, cuando se trata al hombre como mero medio y no como fin, dicho trato se ve reflejado en la obstrucción de la libre capacidad de proponerse fines y de decidir. También se había explicado la razón por la cual es más fácil cumplir este deber cuando se trata de los otros, que cuando se trata de uno mismo, sobre todo porque es más fácil ser permisivo con uno mismo que con los demás.

En esta última parte, me preocupo por exponer cómo es que en el planteamiento de la máxima: “Con el fin de gozar una vida placentera y de una buena convivencia, me dedicaré a beber y comer cuanto me de la gana, sin preocuparme de las consecuencias que esto me acarree”, se está tratando a uno mismo como mero medio. Kant nos dice:

La primera de estas degradaciones, incluso por debajo de la naturaleza animal, se produce habitualmente por bebidas fermentadas, pero también por otros medios estupefacientes, como el opio y otros productos del reino vegetal; se hace tentador porque con ello se produce por un instante la felicidad soñada, la liberación de las preocupaciones, incluso una fuerza imaginaria; sin embargo, es dañino porque comporta después abatimiento y debilidad y, lo que es peor, la necesidad de ingerir de nuevo este estupefaciente, e incluso aumentar la cantidad.

En este párrafo, Kant afirma que la única razón por la cual resulta bueno beber o usar estupefacientes es porque dan placer a los sentidos. Encontramos que es una forma de usar al hombre como animal, como

medio para obtener placeres corporales y emocionales. Hacer uso del hombre como medio para poder disfrutar de los placeres no es lo que debemos discutir. El problema es que el hombre se trate como mero medio para disfrutar de los placeres, permitiendo que se inhiba la capacidad de usar intelectualmente ese disfrute.

Un problema grave es que, al abusar del alcohol, se provoca que se agote nuestra agilidad y reflexión para realizar otras acciones. Es decir, que difícilmente nos podemos proponer otros fines de forma racional y clara cuando el alcohol está en nuestro cuerpo. Por ejemplo, resulta difícil que uno pueda proponerse manejar de forma adecuada ya que están alterados nuestros sentidos. Difícilmente podemos proponernos llevar una conversación clara y completa al estar en ese estado.

Por estas razones, podemos advertir que el hombre, como fin último, no puede desear su propio deterioro por la falta de atención en su manera de comer o beber. Más específicamente, Kant aclara que algunos estupefacientes sólo son permitidos como medicamento, pero que un hombre no debe permitirse decidir beber de manera desmedida porque pierde claridad de pensar y actuar. Lo dice así:

74

¿Pero quién puede determinar la medida para alguien que está dispuesto precisamente a pasar al estado en que ya no tiene los ojos claros para medir? El uso del opio y del aguardiente, como medios de disfrute, está más próximo a la abyección porque, en el bienestar soñado, hace a los hombres mudos, reservados y no comunicativos, de ahí que sólo estén permitidos como medicamentos.

Queda pues que, para Kant, el uso desmedido del alcohol es un acto que atenta en contra del hombre, ya que sólo lo usa como medio, como animal y no permite que éste se desarrolle y desenvuelva de manera correcta y humana.

Muchas son las consideraciones que los alcohólicos o bien aquellos que abusan con frecuencia de esta sustancia o de otras nocivas para la salud, podrían dar como justificación de sus propios actos. He mencionado incluso que el hecho de no dañar a terceros puede ser una de ellas. Sin embargo, en el sentido kantiano, el daño va mucho más allá del personal, pues afecta al ser humano como una clase distinguida del

resto de los animales por su capacidad de razonamiento. En general, las culturas occidentales son permisivas con respecto al uso y consumo de alcohol, no así de ciertos estupefacientes. Sin embargo, con lo arriba tratado, observamos que, desde la ética de Kant, los hombres no debemos atentar contra nuestra salud, no sólo porque ello es contrario a la felicidad, sino por la consecuencia de que degrada al ser humano como animal instintivo que responde sólo a los meros placeres temporales que, a la larga, disminuyen nuestras capacidades y sobre todo, bloquean la posibilidad de mantener oportunidad de tomar nuestras propias decisiones.

Conclusiones

El objetivo de este artículo fue mostrar cómo, según Kant, es posible obtener deberes, tanto perfectos como imperfectos, a partir de estas fórmulas. En particular, me interesó destacar el deber imperfecto hacia uno mismo, que Kant presenta en *La Doctrina de la Virtud*, el cual establece “no inhibir o agotar la facultad de usar intelectualmente los medios del goce con el abuso del alcohol”. Este deber queda comprendido bajo el deber más general de cuidar nuestra naturaleza animal.

En los términos de la fórmula de la humanidad, este deber de no abusar del consumo del alcohol se establece como sigue: si la humanidad, como Kant sostiene, tiene valor en sí misma, entonces le impone exigencias al agente, tanto en la persona de los demás como en la propia. Esto permite que el agente se plantee en términos morales no abusar de su cuerpo, por el daño que le puede causar a él mismo, aún cuando no exista daño a los demás. Se pudo advertir que el hombre, como fin último, no puede desear su propio deterioro por la falta de atención en su manera de comer o beber.

Kant afirma que un hombre no debe permitirse decidir beber de manera desmedida porque pierde claridad de pensar y actuar. Con esto pretendo mostrar que el hombre, para ser completamente ético, debe tomar en cuenta los deberes hacia uno mismo, aún antes que los deberes hacia los demás.

SHEILLA QUINTANA

Con lo anterior podemos concluir que, para Kant, el artículo tercero de la “Doctrina de la Virtud”, en la *Metafísica de las Costumbres*, es un ejemplo que muestra cómo, en una máxima de la vida cotidiana, cómo el abuso del alcohol, que se cree que no se hace daño a nadie y que sirve para desinhibir y disfrutar de charlas o convivencia, se contradice con uno mismo y se actúa en contra de la fórmula de la humanidad y, por tanto, de manera reprobable éticamente. Con esto he intentado dar una respuesta a la pregunta que me planteé en este trabajo: cómo el abuso del alcohol es contrario a los deberes hacia uno mismo. Como consecuencia de esta reflexión, encontré que los principios kantianos (como la fórmula de la humanidad), imponen exigencias tanto a los demás, como a nosotros mismos, estableciendo pautas para actuar moralmente, lo que nos puede ayudar a un replanteamiento de la ética, al hacer énfasis sobre los deberes hacia uno mismo.